

nuestra «resurrección» á lo que siempre fuimos durante los diez años de nuestras andanzas, ó sería la escena que presenciase nuestra derrota como viajeros estudiosos á la busca de sensaciones é impresiones: ¡tal nos habían puesto en tres meses los rigores de la enfermedad y los arañazos de la estulticia!...

II

En la capital

SUMARIO: Llegada á Méjico.—¡Respiramos!—Acogida espléndida.
—Con el General Don Porfirio Díaz.—Autógrafo del Presidente.
—El 10.º aniversario de la aventura.—Atenciones ministeriales.—
Conferencia de presentación.

Como se comprenderá fácilmente luego de haber leído lo que antecede, nuestra situación al llegar á la Capital era de las más comprometidas.

Apenas sin medios materiales de defensa, sin conocer á nadie, y no tan presuntuosos de pensar siquiera que nuestro nombre hubiese llegado á Méjico en alas de la fama, constituyendo esto una relativa facilidad para relacionarnos, que es el primer capítulo de nuestra gestión apenas llegamos á un país para nosotros nuevo; y con la circunstancia, negativa por cierto, de que íbamos á afrontar lo desconocido, debiendo entendérnoslas con una sociedad culta, en un ambiente vastísimo y en un centro populoso de vida á la moderna, con la sola recomendación de que éramos *Fulanito* y *Menganito* que íbamos dando,

si no «la vuelta al mundo», sí vueltas por el mundo; ¡y á fe que nos causa verdadero terror pánico el pensar que alguien nos sospeche profesionales de la tal vuelta con su fatal acompañamiento de títulos tan honrosos y recomendables como son la haraganería por hábito, la estupidez por cualidad inherente al oficio y el sableo por único recurso de vida!...

Afortunadamente—y pocas veces se empleará con mayor propiedad la palabreja—Méjico ha querido «batir el *record*» de la hospitalidad y del afecto á favor nuestro, y téngase en cuenta que el voto es de peso, pues podemos decir algo respecto á hospitalidades y agasajos en diez años largos de recibirlos espléndidos, y hecho mérito de que no llevamos nuestra inmodestia al extremo de creernos personajes de esos cuyo solo nombre ó cuyo tren se imponen á un público, y cuando, en aquel caso concreto de nuestra llegada aquí, no éramos portadores ni siquiera de una simple tarjeta de presentación, aunque hubiera sido para el menos expansivo ó el más receloso de los hijos y habitantes de la ciudad de Méjico; pues la carta única de que podíamos servirnos como introducción, iba dirigida á un conspicuo personaje de la colonia española, el cual se dignó leerla con acompañamiento de inquietas miradas de reojo á nuestra indumentaria, para acabar invitándonos á ir á su despacho de allí á

tres ó cuatro días; plazo que se tomaba para ver *qué podía hacer por nosotros...* (léase «decidirse á aguantar un sablazo de cinco ó diez pesos»)... Perdone el lector este leve desahogo—que en otro lugar se ampliará debidamente al sacar á la vergüenza pública muchas cosas y cosazas de las que guardamos en cartera—y reanudemos el relato.

Bastó la primera visita de obligada cortesía, por deber de solidaridad profesional, á los periódicos locales, para que todos ellos, desde los rotativos hasta los más humildes, nos honrasen con su entusiasta homenaje de bienvenida, no limitándose, por cierto, á incoloras gacetillas de esas que los del oficio sabemos que sólo significan «quedar bien» ó «salir del paso», sino que, en la mayoría de los casos, merecimos de las hojas mejicanas de publicidad extensas informaciones y cariñosos comentarios relativos á nuestra empresa ambulante, *interviews* sobre el viaje y su finalidad, y entusiastas cuanto espontáneos y sinceros ofrecimientos de sus columnas con muy delicadas y correctas insinuaciones de retribuirmos debidamente nuestros trabajos de colaboración.

Antes de cumplirse la primera semana de haber llegado á la Capital, y por mediación de un compatriota—dicho sea para contrarrestar la burrada del «conspicuo» que, seguramente, nos

tomó por dos mendigos,—éramos recibidos del modo más exquisito por el correctísimo caballero y fino amigo D. Rafael Chausal, secretario particular del señor Presidente de la República, y el cual, á su vez, nos presentaba personalmente, el mismo día, al por tantos títulos ilustre General D. Porfirio Díaz.

Aquí creemos oportuno adelantar la noticia de que, en aquella primera entrevista, el Jefe de la Nación nos retuvo á solas con él en su despacho durante tres cuartos de hora, en charla inolvidable, que hubiera bastado para hacer la reputación de media docena de periodistas aficionados á lo sensacional, venga ó no venga á pelo; ¡y bien sabemos los interesados que si hubiera venido á pelo en aquellas circunstancias haber hecho público algo de lo que constituyó el tema de aquella para nosotros tan halagadora entrevista; cosa que comprenderá el menos listo, cuando se recuerde que acabábamos de llegar de la América Central, y se sepa que dió la coincidencia de que aquella nuestra primera visita al General Díaz fué hecha el mismo día y casi á la misma hora que se inauguraba en Washington la tan sonada *Conferencia de Paz Centro-americana*, promovida por los presidentes de Méjico y Estados Unidos!...

Por hoy ponemos fin á esta brevisima nota de nuestro trato y relaciones con el gran gober-

nante, transcribiendo el autógrafo que inaugura la parte de nuestro *Libro de Oro* referente á Méjico.

Si el estudio que D. José Segarra y D. Joaquín Juliá se han propuesto hacer en presencia de cada pueblo, para apreciar su ilustración y costumbres, tiene por objeto ratificar ó rectificar lo que otros han hecho en las Bibliotecas, su penoso trabajo tiene gran mérito para la humanidad y principalmente para la raza de su preferente atención.

PORFIRIO DÍAZ.

A los quince días de estar en el país, celebrábamos el décimo aniversario de nuestra primera salida de España, sentados á la hospitalaria mesa del Director de la simpática revista semanal *El Progreso Latino*, nuestro querido amigo Román Rodríguez Peña, compartiendo el pan de la más grata de las reuniones con ese entusiasta enamorado de nuestra patria que se llama Juan de Dios Peza y con el sumo poeta de América, Salvador Díaz Mirón.

Al mes, se nos habían abierto todas las puertas. Mejicanos, españoles, personajes del saber, de la política y de la *élite* social rivalizaron en atenciones y exquisita obsequiosidad á nuestro favor, dando ello lugar á que se nos ocurriese la idea de corresponder (siquiera en parte mínima y en forma pobrísima) á tal acogida, demostrándonos, si no merecedores tampoco indignos del crédito que por manera tan amplia y espontánea se otorgaba á las modestas pero limpias credenciales de intelectualidad que podíamos presentar en el trato privado. Y pensamos que el único medio conducente á tal fin, era brindar, á título de desinteresada invitación, á la culta sociedad mejicana, una de nuestras conferencias literarias, que nos sirven, no sólo para ganar digna y honradamente el pan de cada día, sino también para dar cuenta al público—al cual nos debemos—de cómo y en qué empleamos el tiempo y las energías y los recursos todos de nuestra modalidad psíquica y cerebral puestas á contribución en el fin que persigue nuestro viaje por el mundo.

Expuesto el caso al señor Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, el eximio vate D. Justo Sierra—que fué una de las primeras personas que conocimos en Méjico y cuya benévola simpatía no nos ha faltado nunca, desde entonces,—dicho caballero no sólo acogió entusiasta la idea como suya y puso en el acto á

nuestra disposición el salón-teatro del Conservatorio Nacional de Música, sino que se brindó á hacer el discurso de presentación en la Velada que se proyectaba.

Bajo estos valiosos auspicios de cordial acogida, tanto por parte del público y de la prensa como asimismo de los elementos más influyentes de la sociedad mejicana, celebróse nuestro *debut*—diremos oficial—la noche del 15 de Noviembre de 1907.